

MANUEL GUTIÉRREZ ARAGÓN

El ojo del cielo



En el corazón de esta novela hay cuatro mujeres -Margarita, la joven y guapa madre; Valen, su hija mayor; Bel, la revoltosa hija mediana, y la pequeña Clara- cuyas vidas parecen complicarse tanto por motivos económicos como por el estallido de la sensualidad. En una fotografía de las cuatro se puede observar la sombra de quien la tomó, un padre que se ganaba su vida nómada vendiendo exquisitos helados, y del que no se ha vuelto a saber nada después de que huyera tras una dramática persecución por deudas, las mismas que obligan a las cuatro mujeres a dejar su casa e irse a vivir a una cabaña en el monte. Con su tan característico estilo, Manuel Gutiérrez Aragón dibuja un universo familiar a caballo de lo realista y lo mágico, presidido por la esfera del radar que, desde lo alto de la montaña, contempla los movimientos de las cuatro mujeres como un potente ojo, el que da título a esta novela. La que se hace a la canción de Alan Parsons («I am the eye in the sky, looking at you...») es la primera de las referencias de un libro que contiene multitud de ellas, algunas a obras del propio autor (comparece como narrador ocasional Ludi Pelayo, al que ya conocimos en Cuando el frío llegue al corazón, y que aquí ejerce de amante de Valen) y otras en forma de narraciones propias de Las mil y una noches, por las que desfilan el millonario Forbes, Liz Taylor, el presidente francés Chirac o el príncipe de Marruecos. Y junto a esas múltiples referencias, también un conjunto de planos, voces, registros y sugerencias, que se mezclan con sabiduría en una novela breve y ágil cuya acción avanza impulsada por el dominio del lenguaje y por un humor inteligente y culto. Con El ojo del cielo, Manuel Gutiérrez Aragón prosigue magistralmente su carrera de novelista, algo tardía pero muy celebrada, que inició con La vida an-

tes de marzo (Premio Herralde de Novela 2009), Gloria
mía y Cuando el frío llegue al corazón.

¡Qué alegría, vivir
sintiéndose vivido!
Rendirse
a la gran certidumbre, oscuramente,
de que otro ser, fuera de mí, muy lejos,
me está viviendo.

La voz a ti debida,
PEDRO SALINAS

¿Qué se ama cuando se ama?

Contra la muerte,
GONZALO ROJAS

Era del año la estación florida

Soledad primera,
LUIS DE GÓNGORA



Algunas partes de esta historia las recuerdo bien, y otras me sorprenden como nuevas cuando las vuelvo a leer. Las tres hermanas del fin del mundo siempre me atrajeron; su historia merece ser contada desde el día en que se fueron a vivir allá arriba, cerca de la esfera del radar que el cuartel de la OTAN mantiene en lo más alto de aquellos montes de pacíficas vacas y antiguos dioses. Recuerdo aún a Clara, la tercera de las tres hermanas, tarareando «*I am the eye in the sky, looking at you*», como referencia a la enorme bola metálica que alberga el radar. Clara fue después, lo es ahora mismo, la propietaria de la mejor marca de helados de España.

Pero no voy a hacer de destripador de historias. Ni el radar es capaz de captar todo lo que se mueve, ni ningún narrador es tan omnisciente como para acabar con todas las incertidumbres del relato. Como, por ejemplo, el hecho de que fuera María Isabel, Maribel, Bel, la segunda de las tres hermanas, en lugar de Valentina, Valen, Val, la mayor, quien condujera la novilla a ser cubierta por el toro, tal como había sido el encargo de la madre, mama (pronunciada con acento llano), Margarita, también llamada Meg en los días juveniles, nombre recordado en Vega como un suave mugido de llamada.

Así que Bel bajaba con la novilla suelta desde los prados hacia el Centro de Inseminación, en Vega. La joven vaca, muy consentida, hacía como que se asustaba de todo —hombres, bestias, sombras—, pero terminaba por asustarse de verdad y se ponía, se puso, a bramar de miedo. Bel la sujetó con la soga para cruzar al otro lado de la carretera. Y fue allí donde apareció Macho Sañudo, el estudiante de veterinaria al que se conocía desde hacía años simplemente como el Estudiante.

—Hola, hola, qué tal estamos, para un momento, chica, oye, ven aquí.

El Estudiante estaba atravesado en el camino con las piernas en compás, como si la esperara a ella o al primero que pasara por allí hacia el Centro de Inseminación. Tenía la cara tan marcada por el acné que parecía un panal de abejas.

—Tú eres de las de Margarita de allá arriba, ¿no?

El Estudiante era conocido como vendedor de medicinas y más cosas. Algunos decían que en realidad era un espía del Banco Santander, y que se valía de sus conocimientos veterinarios para introducirse en el remoto mundo de los pasiegos e indagar sobre sus ahorros y tesoros ocultos.

Pero precisamente en aquel mes de marzo de 2008 lo que Macho Sañudo andaba vendiendo era semen clandestino para las vacas en celo.

—De los mejores toros reproductores de Holanda y Suiza. Reciente y fresco.

Una ganga, ya que en el Centro, el llamado Palacio del Semen, cobraban hasta cincuenta euros por cubrir una vaca.

El Estudiante desenroscó la tapa de un termo del que salió vaho helado. Extrajo una cápsula con un guante de látex y la levantó para mostrarla.

El sol iluminó el cristal.

—Mírala, por aquí adentro pulula la vida. ¿Te fijas? ¿Te das cuenta? Yo solo soy un mensajero de la fortaleza. —Y añadió con respeto, mirando a la novilla—: Bendita seas, llena eres de gracia. Y bendito sea el fruto de tu vientre.

Hizo girar la cápsula, de la que arrancó unos rayos luminosos, celestes.

—Una novilla tan pura..., inmaculada.

Y continuó:

—Oye, chica, yo te insemino la novilla y no decimos nada. No hace falta que me pagues ahora, ya llegaremos a un arreglo... entre tú y yo.

Bel dijo que no pensaba discutir. E intentó seguir adelante con el animal. Entonces la novilla receló del desconocido y sus pezuñas resbalaron sobre el asfalto de la carretera.

–No estamos discutiendo, chica –aprovechó para decir el Estudiante.

Enroscó la tapa, pero seguía con la cápsula en la mano.

Se acercó a la novilla para tranquilizarla.

–Bueno, boba, bobita... –dijo, mientras no dejaba de mirar a Bel.

Bel le dijo que parara de tocar las tetas de la novilla y que la dejara pasar.

–¿Quién te lo impide? ¿Te lo impido yo?

Se echó a reír y le hizo otra pregunta.

–Tú eres estudiante, como yo, ¿no es verdad? Pero hoy no has ido al instituto, ¿te ha encargado tu madre a ti bajar la vaca?

No había sido así. La madre ordenó a Valen, la mayor, llevar la novilla a inseminar. Las tres hermanas tenían repartidas las tareas. Valen, junto con la madre, se ocupaba de las labores pesadas. Bel debía estudiar, solo estudiar, y mostraba continuamente su agobio y lo poco feliz que era para que las otras no envidiaran sus privilegios. Clara, la pequeña, que solo tenía diez años, era la encargada de cuidar y vigilar: vacas, forasteros, vecinos. Una leve cojera en una pierna –que solo se notaba en terreno llano, en la ciudad, y no al caminar por las laderas– la mantenía ocupada en trabajos menores. Algunos decían que tenía cierto retraso.

–¿Retraso? ¿Qué clase de retraso? Solo es que se piensa las cosas dos veces, en vez de soltar lo primero que a otro cualquiera se le pasa por la cabeza –decía Margarita, enfadada.

Por otra parte, Margarita siempre estaba enfadada.

–Tengo que bajar al banco sin falta, así que la novilla te la llevas tú, Valen –ordenó–. Te dejo el dinero ahí debajo. –Y señaló los platos de la repisa–. Voy a volver pronto, pero si no, cenáis sin esperarme.

Meg comenzó a arreglarse el pelo. Su cabellera era larga y ondulada, con destellos rojizos; al cepillarla, un rayo de cobre pareció recorrer el aire.

Le preguntó a Bel por el examen, y Bel contestó que todavía no habían señalado fecha. Estaba sentada en la mesa de la cocina, con el cuaderno de Lengua abierto. Tenía los dedos manchados por los rotuladores e iba descalza, al igual que sus hermanas. Y seguía despeinada, como si acabara de levantarse de la cama.

–Cálzate y vístete, te lo he dicho veinte veces y no te lo voy a repetir.

Bel tenía unos desgarros en la piel de la espalda, fruto de los golpes que le había dado su madre con la antigua correa del padre. La chica procuraba llevar las señales rojas y moradas bien a la vista, como reproche a la madre verdugo, aunque solo las lucía en casa.

Meg se levantó y abrió el armario para sacar chaqueta y abrigo; el aire trajo un olor a hierba y a ropa recién lavada.

Mientras se abrochaba el abrigo, se dirigió a Bel, pero con la intención de que Valen y Clara también la oyeran y obedecieran:

–Tú no te muevas de esa mesa. A estudiar, ¿entendido? Y no os peleéis.

Cuando la madre, mama, Meg, salió de casa, Val se sentó cerca de su hermana. Tamborileó los dedos sobre la mesa.

–Así que la señorita no puede ser molestada.

Bel seguía escribiendo en el cuaderno de Lengua. Val no se movía de su lado y no cesaba de mirarla. Torció el cuello hasta poner los ojos ante los de su hermana. Bel no

le hizo caso, pero ya no pudo concentrarse en el estudio:
Val quería guerra.

Bel, finalmente, se dio por aludida.

—¿Qué quieres, zorra?

Val le respondió con una bofetada.

—Zorra lo serás tú, a mí no me hables así.

Bel murmuró algo ininteligible, a la vez que se le saltaban las lágrimas y propinaba una patada a Valen.

Val agarró el cuaderno y lo tiró al suelo.

Se oyó un sonido metálico, y Clara terminó de subir los escasos escalones que daban al prado y al lavadero.

La mayor se revolvió hacia la pequeña:

—¿Has terminado de fregar? ¿Ya?

Clara entraba con las enormes cántaras de leche, casi tan altas como ella, armando un gran ruido. Val comprobó si las cántaras estaban bien limpias.

—Hum... Vuelve a lavarlas, apestan.

—Pero...

Clara obedeció a su hermana mayor y arrastró las lecheras escaleras abajo, provocando un gran estruendo.

Val cambió su táctica con Bel.

—Te daré una cosa que te gusta mucho si llevas tú la vaca al Centro.

Bel calculó sus posibilidades. Tardó en decidirse entre seguir la pelea o hacer las paces para terminar su tarea en el cuaderno: «Haber, ser, estar. Verbo auxiliar, verbo auxiliado, verbo amigo», hermana enemiga.

—¿Qué cosa?

—Aaaah —se encogió de hombros—. Eso luego, te lo digo después de que digas que sí. Mama no se va a enterar, no viene hasta la noche.

—O sí.

Val comenzó a alisarse el pelo. Después se fue hasta el único espejo de la casa, que estaba en el cuarto de la madre. Comenzó a arreglarse. Y dijo en alta voz ante su imagen reflejada:

–¡Yo no me deajo pegar!

Bel desde abajo la oyó y se rió. «Ya estamos con el espejito..., esa loca.»

Arriba, Valen continuaba hablando al espejo:

–¡Conmigo no puedes, madre!

Al bajar, estaba más calmada. Y más conciliadora. Logró, finalmente, comprar la voluntad de su hermana, pero tuvo que humillarse un poco más. Le dijo que le haría un gran favor, y que no dejaría de devolvérselo cuando fuera ella quien lo necesitara.

–Como una hermana buena.

Y, además, le regaló su esmalte de uñas.

El Estudiante se echó a reír, mirando a Bel de arriba abajo.

–¿Tiras de una vaca llevando las uñas pintadas?

Bel no contestó y sujetó a la novilla. El animal seguramente olía los toros del Centro de Inseminación y se revolvió inquieto, con mugidos que a Bel le asombraban, porque sonaban humanos y no de vaca.

El Estudiante se quitó los guantes de látex, que emitieron un clac seco. Seguía en el camino, pero en el lado que daba la sombra de marzo.

La muchacha se iba poniendo cada vez más nerviosa y procuraba que no se le saltaran las lágrimas, aunque Macho Sañudo le dijo que no, que no iba a insistir, que no pasaba nada.

Pero insistió.

Bel se agachó para coger una buena piedra.

El Estudiante se encogió de hombros y dijo que perdía una buena oportunidad si rechazaba la oferta y que cualquiera de sus hermanas o su madre, o el mismo padre si aún viviera en casa, la habrían aprovechado.

–Ya se lo comentaré yo mismo a tu madre en cuanto la vea.

Finalmente, se apartó del camino para dejarle el paso libre.

Pero Bel, tras los momentos de tensión, sintió que perdía fuerzas. Así que, en vez de seguir hacia el Centro de Inseminación, dio la vuelta y reemprendió el regreso tirando de la novilla, que lanzó un mugido de ansiedad desde lo más profundo de sus entrañas.

Cuando se alejaban, arrojó la piedra a la cuneta.

Esa noche los disgustos continuaron en la cocina; en aquella casa –en realidad una cabaña pasiega habilitada para el verano–, tan alejada de todo, los estallidos de cólera no llegaban a oídos de nadie.

Margarita, la madre, amenazó con severos castigos si se dejaba pasar el celo de la novilla. Fue levantando la voz casi sin darse cuenta y provocó contestaciones y golpes contra los muebles.

Después de los gritos, las cuatro estaban cansadas. Clara tenía la cabeza en el regazo de la madre; se tapaba la cara con el delantal. No quería ver ni oír. «No, no, por favor, más pelea no.»

Parecía que la tormenta estaba pasando.

Pero, tras una tregua corta, la madre volvió a la carga, cobrando fuerzas de nuevo.

Repitió las preguntas a Valen sobre el motivo de no bajar ella misma al Centro de Inseminación. Al no obtener respuesta, carraspeó para aclararse la garganta y dijo, pero ya sin agriar la voz:

–Sabes que no puedes mandarle nada a tu hermana mientras está estudiando. Si quieres algo de ella, me lo dices antes a mí. ¿Estamos?

Repitió:

–¿Estamos o no estamos?

Valen hizo un movimiento con la cabeza que podía significar cualquier cosa.

Margarita se volvió hacia Bel.

—Y tú, ¿haces más caso a Valen que a mí? ¿No te dije que te quedaras estudiando?

Bel, pese al tono tranquilo de la madre, contestó que, si le tocaba un pelo, cogía un cuchillo y mataba a la novilla primero. No dijo lo que haría después.

Clara sacó la cabeza de debajo del delantal un momento. Comprobó que el cinturón del padre seguía colgado en la pared y, temblando, volvió a meter la cabeza en el regazo materno.

Val se fue al cuarto y pronto apareció la madre, con aire tranquilo, exhibiendo su calma.

—¿Dónde fuiste? Seguro que sola no.

No se movió de la puerta, no se movía y Val callaba.

Con quien había estado toda la tarde era conmigo. Yo salía con Val desde hacía dos años, nos encontrábamos cada vez que viajaba a los valles del Pas. Ella sabía que yo estaba casado. Por mi parte, le decía que cualquier día las cosas cambiarían y nos iríamos a vivir juntos. Val, Valen, Valentina, no me creía, pero seguíamos viéndonos y haciendo el amor en el coche o por el campo, o en un pajar verde amarillo.

VALEN

Tuvimos que marcharnos a la cabaña de verano en pleno invierno. Me daba cuenta de que mis encuentros con él, con Ludi, serían más difíciles, y eso me entristecía, y a la vez me sentía un poco liberada de la presión, del ansia, y de la decepción si me llamaba y decía: «Hola, que hoy no puedo, lo siento, que llego mañana, ¿oye?, ¿oye?, ¿estás ahí?»

Ahora, en la casa de arriba, el móvil tenía problemas de cobertura e iba a depender de dónde me encontrara yo para llamarle o ser llamada.

Ludi Pelayo firmaba sus crónicas en *El Diario del Norte* como Pelayo Pelayo. Desde el momento en que los pasiegos ya no fuimos considerados pintorescos, sino un fenómeno cultural, comenzamos a atraer la atención de los que escriben o hacen películas. A Pelayo Pelayo, mi Ludi, le conocí en una exposición, y nos fuimos a tomar una Coca-Cola para hablar tranquilos. De hablar, poco, y de tranquilidad, ninguna. Porque yo creo que no habían pasado ni dos días cuando ya empezamos a hacer el amor. Que tenía dos hijas me lo dijo enseguida, y me enseñó unas fotos en el móvil. Yo no le pregunté por su mujer ni él me dijo nada. Supuse que estaba separado, pero no, no lo estaba, solo que era mujeriego y en una de esas se enamoró casi sin querer. De mí.

La verdad es que resultaba poco comunicativo, al menos para lo que uno piensa de alguien que escribe en periódicos y que también da clases de Elementos Básicos de Comunicación en el instituto de secundaria. Pero cada uno

tiene su carácter, hasta las vacas lo tienen, así que con más razón los escritores.

Pero, claro, si la cosa no era fácil cuando vivíamos yo en Vega y él en Torre, se complicó aún más cuando tuvimos que marcharnos a aquella casa de soledad y viento.

De la mudanza, del cambio, del desalojo de nuestra vivienda urbana no se puede echar solo la culpa al banco, también fue culpa nuestra por esperar tanto tiempo, por aguantar hasta el final. Nos fuimos después de años de resistencia, es decir, desde que padre se marchó con su carrito de helados como quien no quiere la cosa, sin regresar jamás, desde entonces hasta este desenlace que es un principio.

Subíamos las tres mujeres más la niña, Clara, las vacas y la vieja gata, con la vajilla y la ropa. También llevábamos los libros de estudio de Bel y el ordenador, todo metido en un cuévano acolchado con periódicos. La vieja furgoneta, una Iveco Daily, que había servido para vender helados, se quedó en la casa. No era práctica en las laderas con senderos de barro. Así que la subida fue en un motocarro alquilado, y luego a pie, hasta la cabaña.

La vaca Vanesa era ya vieja y le molestaba que le cambiaran de cuadra. No así las terneras y novillas, que brincaban gozando de la libertad. Vanesa bramó dos o tres veces por el camino, a la vez que volvía la cabeza para mirarnos, ofendida. La gata miraba extasiada los pájaros, como si le gustaran sus trinos, y se quedaba inmóvil unos instantes, para luego echar a correr y recuperar el terreno perdido.

Antes de la partida, a eso de las ocho de la mañana, aún oscuro en Vega, Cobo Menudo había llegado para disculparse, mientras los agentes judiciales del Banco Santander abrían y cerraban carpetas, con un ajeteo un poco